





*Famosos impostores*





Isabel I de joven



BRAM STOKER

FAMOSOS IMPOSTORES

Traducción del inglés de Albert Fuentes



  
**melusina**



Título original: *Famous impostors*

© De la traducción: Albert Fuentes  
Revisión de la traducción: José Pons Bertran

© Editorial Melusina, s. l., 2009  
[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

Diseño gráfico: Jordi Llobet

Primera edición, 2009

Reservados todos los derechos.

Fotocomposición: Víctor Igual, s. l.  
Impresión: Romanyà Valls, s. a.

ISBN-10: 84-96614-77-8  
ISBN-13: 978-84-96614-77-2

Depósito legal: B.36.619-2009

Impreso en España

## CONTENIDO

Prefacio 9

I. Impostores

- A. Perckin Warbeck 15
- B. El rey durmiente 25
- C. Stefan Mali 35
- D. Los falsos delfines 39
- E. La princesa Olivia 49

II. Profesionales de la magia

- A. Paracelso 67
- B. Cagliostro 75
- C. Mesmer 86

III. El judío errante 95

IV. John Law 109

V. Brujería y clarividencia

- A. La época 127
- B. El doctor Dee 133
- C. La Voisin 139

- D. Sir Edward Kelley 148
  - E. Madre condenable 153
  - F. Matthew Hopkins 159
- vi. Arthur Orton (El suplantador de Tichborne) 169
- vii. Mujeres como hombres
- A. Los motivos del disfraz 189
  - B. Hannah Snell 193
  - C. La Maupin 196
  - D. Mary East 201
- viii. Mistificaciones, etc.
- A. Dos engaños londinenses 210
  - B. El engaño de los gatos 215
  - C. La revista militar 216
  - D. El peaje 217
  - E. El engaño matrimonial 218
  - E. El tesoro escondido 219
  - G. La broma del deán Swift 220
  - H. Ladrones burlados 221
  - I. Las salchichas de mentira 222
  - J. El bulo de la Luna 224
- ix. El Chevalier d'Eon 229
- x. El muchacho de Bisley
- A. Prolegómeno 241
  - B. El secreto de la reina 243
  - C. Bisley 246
  - D. La tradición 250
  - E. La dificultad de prueba 255
  - F. El momento y la ocasión 259
  - G. La identidad de Isabel 267
  - H. La solución 280





## VII

### MUJERES COMO HOMBRES





## A. Los motivos del disfraz

Una de las formas más comunes de impostura —tan común que se diría que está arraigada en una faceta de la naturaleza humana— es la de las mujeres que se disfrazan de hombres. No es de extrañar que se den todavía tales intentos, o que se dieran más a menudo antaño, cuando el progreso social no había ampliado las posibilidades de trabajo de las mujeres. Las desventajas legales y económicas del bello sexo se alzaban entonces de manera tan inamovible para las oportunidades de trabajo que aquellas mujeres deseosas de ganarse honradamente el pan muchas veces se jugaron su suerte al todo o nada para lograr su objetivo. Hemos leído acerca de muchos casos distintos del pasado, y aún hoy la rutina de la vida se ve interrumpida ya sea por algún episodio sorprendente de esta clase ya sea por el eco de alguna revelación. No hace mucho la muerte de una persona que había ocupado durante largos años una posición de valfa aunque humilde en la sociedad londinense suscitó un escándalo *post mortem* cuando se descubrió que el individuo fallecido, pese a haber sido considerado, durante más de un cuarto de siglo, como varón, viudo y el padre de una hija ya adulta era, en realidad, una mujer. De hecho, la mujer fue enterrada bajo el nombre del varón que afirmaba ser: Harry Lloyd.

No es de extrañar que en tiempos más difíciles, cuando el espíritu aventurero no se ataba tan corto y las convenciones no atenuaban

tanto las dificultades iniciales, los casos de ocultación de sexo fueran mucho más numerosos y se dilataran en el tiempo con mayor facilidad. En tiempos de guerras en el extranjero, muchos de los obstáculos que las mujeres encontraban en su camino hacia el éxito cayeron con la lasitud general de las condiciones sociales. Quizá pueda permitirme decir para empezar que, por mi parte, me niego a aceptar aquello que suele alegarse en casi todos los casos, a saber: que los camaradas masculinos de aquellas mujeres que escondían su verdadero sexo ignoraban, de principio a fin, la verdad. La naturaleza humana entra en contradicción con esta suposición, y la experiencia ratifica la sagacidad de la naturaleza. A veces, o incluso durante un tiempo, es posible realizar con éxito estas ocultaciones. Pero cuando se nos dice que una mujer ha completado una campaña entera o un largo viaje, pese a la abarrotada intimidad de una tienda y las noches al raso, o la que se da en una cabina y los camarotes de la tripulación, sin que se haya descubierto o siquiera sospechado su secreto, quien nos cuenta la historia quizá se fía en exceso de la credulidad humana. Sí podemos creer, en cambio, que estos camaradas, en realidad la mayoría, preferían no revelar el secreto (no nos interesa ahora cómo llegó a sus manos). La camaradería es en este ámbito un factor importante, y posee su propio sentido de la lealtad, que es tanto más poderoso cuando las personas interesadas se mantienen unidas por el conocimiento de un peligro compartido. Pero aquí también encontramos un contrario: el espíritu romántico, incluso cuando une a hombre y mujer y a mujer y hombre, se da la mano con el amor, el afecto, la pasión —llámese como se quiera— que puede inflamarse a la menor oportunidad. Y con mayor razón en tiempos difíciles de guerras, cuando la noche y el día están sembrados de toda clase de temores, cuando la mezcla enloquecida de las horas de trabajo y la soledad de la noche forja nuevas cadenas para la unión de los sexos.

En la vida real, cuando un hombre o una mujer intenta huir de sus perseguidores o teme que lo puedan detener y opta por disfrazarse del sexo contrario, se abre una lucha sin fin para desempeñar el papel con éxito. De ser así, si todas las energías de la mente y del cuerpo se encauzan a esta tarea como si no hubiera otra, ¿cómo es

posible que se logre prolongar la impostura si la mente está eternamente concentrada en las acuciantes exigencias de los momentos pasajeros? Por fuerza tienen que darse momentos en que el interesado se traicione a sí mismo, y las personas por término medio suelen ser lo bastante curiosas como para garantizar que las oportunidades que brindan esos momentos no caigan en saco roto. Sea como fuere, debemos ceñirnos en primera instancia a los hechos; los documentos serán nuestra ancla de la esperanza. Después de todo, cuando nos llega la noticia de un caso en el que una impostura de esta clase se ha llevado a cabo con éxito, es menester argumentar que tal cosa no es posible y hacerlo armados de convincente perspicacia.

Hay que dejar constancia de que estos casos son lo bastante numerosos como para convencer a cualquier lector del hecho de que, sin contar con posibles errores y pérdidas, también los hubo que pasaron desapercibidos en su momento y sólo se conocieron después merced a confesiones a posteriori o por la fuerza de circunstancias ulteriores. Sea cual fuere la opinión que nos merezcan las mujeres que emprendieron la aventura, no es necesario ni oportuno que dudemos del hecho de que, efectivamente, llevaron a término aquellas empresas. Bastará espigar unos pocos casos documentados de esta clase de impostura coronada por el éxito para que ello nos resulte evidente. Sería inútil, por no decir imposible, confeccionar listas completas de mujeres que se hicieron pasar por hombres en el terreno de las armas (soldados y marineros, con intereses secundarios como, por ejemplo, la piratería, los duelos, los salteadores, etc.). Entre las mujeres soldado encontramos los nombres de Christian Davis (conocido como Madre Ross), Hannah Snell o Phoebe Hessel. Entre los marineros, los de Mary Talbot, Ann Mills, Hannah Whitney o Charles Waddell. Entre las filas de los piratas, encontramos a Mary Reid y Ann Bonney. En muchos casos nos topamos con aventuras amorosas entre bambalinas, como las de aquellas mujeres que partieron en busca de sus maridos perdidos o huidos, o las historias de enamorados que procuraron por todos los medios recuperar el paraíso perdido de una vida juntos.

Si estas pequeñas historias no tuvieran otro interés, su examen detallado merecería sin duda nuestra atención como prueba conclu-

yente de la devoción ilimitada del amor de una mujer. Por mucho que los hombres hayan tratado pésimamente a las mujeres, por muy crueles e insensibles que hayan sido con ellas, su afecto lo soportaba todo. En efecto, ello le convence a uno de que las mujeres poseen cierta cualidad sutil que se vale y se ennoblece por sí misma y que se convierte en una fuerza constante hacia el bien como consecuencia de su abnegación inicial. Hasta una naturaleza que extrajo nuevas fuerzas del fragor de la batalla, de la angustiada espera durante la vigilia perpetua, de la tensión producto de una debilidad física soportada con valentía, del dolor, las carencias y el hambre, en lugar de endurecer su personalidad hasta someterla a la terca indiferencia, parece ser que se ablandó con respecto a los sentimientos, que se hizo aún más delicada con respecto al recuerdo, como si la fuerza del infortunio la hubiese redimido de la experiencia del mal. Todo ello aun a pesar de que la tensión de las campañas militares pudiese mermar algunas de las convenciones que se atribuyen a la feminidad. Pues la vida posterior de estas heroínas bélicas demostró que no habían perdido ni un ápice del admirable amor que caracteriza a su sexo, ni un ápice de la satisfacción que les producía interpretar papeles en la vida distintos del suyo propio. Algunas encontraron placer en nuevas emociones distintas de las de la batalla, o del arte de la escena. Siempre que alguna de ellas trató de regresar a una vida tranquila después de las emociones en los campamentos o en el mar, lo hizo en un lugar y en una forma que le fuesen afines y que al mismo tiempo fuesen coherentes con la vida que abandonaba.

## B. Hannah Snell

Hannah Snell nos brinda un buen ejemplo de cómo la vida de una mujer que por naturaleza no era reacia a la aventura fue moldeada por el azar en la dirección que convenía a su personalidad. Desde luego, el gusto por una vida combativa, sea ésta convencional o excepcional en su forma, presupone un atrevimiento, un ímpetu físico y una resolución innatos que esta mujer poseía en grado sumo.

Nació en Worcester en 1723 en el seno de la familia de un calce-tero que tuvo tres hijos y siete hijas. En 1740, cuando sus padres ya habían fallecido, se fue a vivir a Wapping con una hermana que se había casado con un carpintero naval llamado Gray. Allí se casó con un marinero holandés que, después de dilapidar las pocas propiedades que ella había recibido de su padre, la abandonó antes de que diera a luz. Regresó entonces con su hermana, en cuya casa murió el bebé. En 1743, se decidió a buscar a su marido. Con este fin, se puso prendas de hombre y un nombre masculino (el de su cuñado), y se alistó en el regimiento del general Guise. En Carlisle, adonde el regimiento fue destinado, aprendió algo de los deberes de un soldado. Por ello, su sargento, un tal Davis, la eligió para que le ayudase a consumar una aventura amorosa criminal. Hannah fingió dar su consentimiento a fin de avisar a la muchacha. Para vengarse, el sargento dio parte de ella por una supuesta negligencia en alguna tarea, por lo que fue condenada, según el sistema bárbaro de aquel tiempo,

a seiscientos azotes, de los cuales habría recibido quinientos, cuando la intervención de algunos de los oficiales le ahorró los cien restantes. Después de esta experiencia, temiendo más agresiones por parte del vengativo y mezquino oficial, decidió desertar.

Anduvo todo el camino hasta Portsmouth (un viaje que le llevó todo un mes), donde se alistó una vez más, en esta ocasión como marinero en el regimiento de Fraser que, al poco tiempo, recibió la orden de partir a las Indias orientales. Saliendo de puerto encontraron una tormenta, durante la cual trabajó a destajo achicando agua en las bombas. Cuando el navío había dejado atrás Gibraltar, encontraron otra tormenta que hizo naufragar a la embarcación. Hannah Snell se las arregló para llegar a Madeira, y de ahí partió rumbo al cabo de Buena Esperanza. Su navío se unió a la toma de Arcacopong en la Costa de Coromandel, en cuya acción Hannah luchó con tanta valentía que fue alabada por sus oficiales. Más tarde sirvió en el sitio de Pondicherry, que duró casi tres meses y que, a la postre, tuvo que darse por perdido. En el último intento, participó como soldado de avanzadilla y tuvo que vadear un río bajo fuego enemigo mientras el agua le llegaba a la altura del pecho. Durante la refriega recibió seis balazos en la pierna derecha, cinco en la izquierda y uno en el abdomen. No temía la muerte, sino que descubrieran su sexo por la última de las heridas señaladas. Sin embargo, gracias a la amistosa ayuda que le prestó una mujer negra, sorteó el peligro. Logró extraerse la bala con sus propios dedos y la herida se curó bien. Esta herida le ocasionó un retraso de varias semanas, durante las cuales su barco zarpó rumbo a Bombay, donde como consecuencia de una vía de agua tuvo que esperar cinco semanas. La pobre Hannah una vez más tuvo mala suerte con sus oficiales; uno de ellos la condenó a llevar grilletes y a recibir una docena de azotes por haberse negado a cantar para él. En 1749 viajó a Lisboa, donde supo por casualidad que su marido había sido condenado a morir ahogado por un asesinato que había cometido. En ese momento, el descubrimiento de su sexo y de su identidad hubiese resultado doblemente peligroso, pero por fortuna pudo sofocar su sobresalto y evitó así delatarse. Regresó a Londres vía Spithead y una vez más encontró refugio en la casa de su hermana, que la descubrió al instante pese al





## B. HANNAH SNELL

disfraz. La bonita voz de cantante que le había acarreado unos azotes ahora le resultó de buena utilidad. Solicitó y logró el ingreso en la compañía del Royalty Theatre, sito en Wellclose Square, y representó con éxito los papeles de Bill Bobstay (un marinero) y de Fireloch (un soldado). Estuvo en escena durante varios meses, siempre vestida de hombre. El gobierno le concedió una pensión de veinte libras anuales por las dificultades que había padecido. Más tarde se hizo cargo de una taberna en Wapping. El emblema de su mesón se hizo famoso. A un lado se veía la silueta pintada de un marinero británico; al otro, un valiente soldado de la marina; y abajo, la Viuda enmascarada, o la Mujer guerrera.<sup>43</sup>

Como Hannah se prodigó durante su vida aventurera como soldado y marinero, nos brinda, en sí misma, un ilustre ejemplo de valentía femenina así como de femenina duplicidad en los dos servicios que prestó.

43. Según las fuentes, la taberna que regentó Hannah Snell se llamaba la Viuda enmascarada o la Mujer guerrera.



## C. La Maupin

La mayoría de los lectores de la raza angloparlante que disfrutaban con la lectura de la fascinante novela de Théophile Gautier *Mademoiselle de Maupin* no sabrán que la heroína fue un personaje real. El novelista ha realizado por supuesto las alteraciones necesarias para traducir la cruda realidad al lenguaje más elegante de la ficción, no sin eliminar en la medida de lo posible el aspecto criminal o parcialmente criminal de la aventurera trayectoria de esta dama. Pero éste es uno de los principales deberes del artista literario. Aunque en cierto sentido pueda ser un historiador, no se ve limitado a la simpleza ocasional de la verdad. Su objetivo no consiste en que su obra sea cierta sino, más bien, y al decir de los franceses, *vraisemblable*. En la narrativa, al igual que en tantas otras artes, la crudeza es ante todo un defecto y no una virtud, de modo que el escritor que persigue la excelencia en sus obras tiene que colmar los huecos que ha dejado tras de sí la necesaria supresión de algunos hechos mediante la sutileza del pensamiento y la elegancia de las descripciones, para así mantener siempre la plenitud y rotundidad de las formas esféricas naturales. En verdad, la historia de la Maupin está tan repleta de situaciones emocionantes e interesantes que cualquier escritor que aborde el tema sólo tendrá que practicar una selección agradable de episodios lo bastante dramáticos, y coherentes entre sí, para armar un relato bien tramado. Una obra así tiene posibilidades

de alcanzar un gran éxito, siempre y cuando el autor posea el genio de un Théophile Gautier para exponerla. La verdadera dificultad a la que debería enfrentarse un autor de tal naturaleza residiría, pues, en eliminar la sordidez, las pasiones descabelladas, la falta de escrúpulos, las intenciones criminales que se ocultan en el personaje que nos ocupa.

La mademoiselle de Maupin de la vida real era una cantante de la Ópera de París a finales del siglo xvii. Era hija de un hombre de extracción humilde que desempeñaba funciones de secretario con el Conde d'Armagnac, y siendo todavía una niña se casó con un hombre llamado Maupin que trabajaba en provincias. Había vivido solamente unos meses con él cuando huyó con un *maître d'armes* (en castellano, maestro de armas) llamado Serane. Si bien es cierto que este individuo no destacaba por otras cualidades humanas o divinas, por lo menos era un buen maestro de esgrima. Su artes profesionales las puso al servicio de su enamorada, que se convirtió en una excelente espadachín incluso en una época en la que el esgrima ocupaba un lugar relevante en la vida social. Acaso la joven se dejase llevar por su talento con la espada y, al ver que los hombres tenían más ocasiones de empuñarla, decidiera a partir de ese momento asumir la apariencia exterior de un hombre, al menos en la medida en que una metamorfosis como aquella podían consumarla la valentía, la temeridad, el ímpetu, la falta de escrúpulos y una voluntariosa obediencia a todas las ideas que la pasión y la sensualidad pueden originar y las ansias de notoriedad llevar a término.

En una gira profesional de París a Marsella, durante la cual interpretó como actriz un papel de hombre, se ganó el afecto de la voluble hija de un mercader de Marsella y, como hombre, huyó con ella. A salvo de sus perseguidores, encontraron refugio en un convento; un lugar en el que, en aquella época, resultaba mucho más fácil entrar que salir. Allí permanecieron unos días, durante el curso de los cuales, merced al histrionismo y otras artes, la actriz sorteó las necesarias sospechas de su insensata compañera y mantuvo a raya el peligro. Al mismo tiempo, la Maupin era consciente de que un padre furioso y rico iba a la caza de su hija desaparecida, y sabía que hablar acerca de la aventura significaría ineludiblemente perder la fortuna

de la muchacha, además de ponerse al alcance del brazo de la ley. De modo que optó por un atrevido plan de fuga del convento que les permitiría desaparecer sin dejar rastro. De noche, la Maupin sustituyó el cuerpo de una monja muerta por el cuerpo vivo de su propia víctima. Tras sacar de esta guisa a su compañera del convento, prendió fuego al edificio para disimularlo todo, y escapó en secreto a una aldea vecina, adonde se llevó por la fuerza a la muchacha la cual, como era de esperar, estaba desencantada y empezaba a mostrar reservas en cuanto a la sensatez de su conducta. Permanecieron escondidas en la aldea varias semanas, durante las cuales el arrepentimiento de la pobre muchacha se convirtió en una cantinela monocorde. Hubo un intento, bien planeado, de arrestar a aquel aparente hombre, pero el espadachín lo desbarató al dar muerte a uno de sus captores y herir de gravedad a otros dos. La muchacha, sin embargo, aprovechó la ocasión para huir de su burladora y ponerse a buen recaudo con sus padres. Pero el clamor pisaba los talones de la Maupin, cuya identidad real no se ignoraba. Fue perseguida, capturada y encarcelada a la espera de juicio. La ley fue dura e inexorable: aquella descarriada que había causado un gran escándalo fue condenada a la hoguera.

Pero la ley abstracta es muy distinta de la efectiva, al menos en la Francia de finales del siglo XVII y, en efecto, lo mismo ocurre a veces en otros países y en otras épocas. La Maupin se sirvió de su inteligencia e influencia como mujer para lograr que la ejecución se retrasara primero, aplazara después y, finalmente, se anulara por completo. Es más, logró regresar a París y reanudar su nociva carrera. Qué duda cabe que su popularidad le ayudó en gran medida. Era una de las cantantes favoritas de la ópera; de hecho, la clase que patrocina y apoya este tipo de actividad artística es rica y poderosa, y los gobiernos no se permiten soliviantarla negándole el pequeño favor de sujetar el brazo de la ley cuando se trata de una favorita descarriada.

Pero las inclinaciones truculentas de la Maupin no se dejarían domeñar. En París, en 1695, mientras se encontraba entre el público del teatro, se ofendió por algún acto o parlamento de uno de los comediantes que interpretaban la obra, y, después de abandonar su localidad, subió al escenario y le echó del mismo en presencia de los

espectadores. El actor, monsieur Dumenil, un intérprete consumado y favorito del público, pero hombre de talante pacífico, se sometió a la afrenta y no hizo nada al respecto. La Maupin, sin embargo, sería castigada por su conducta. Se había adentrado por un camino de violencia que terminó por convertirse en un hábito. Durante unos años había blandido y ejercitado todas las tiranías propias de su sexo, a las que añadió las que son habituales en los hombres mediante el uso experto de la espada. Así pues, ataviada de hombre asistió a un baile que daba un príncipe de la sangre. Entonces, enfundada en sus prendas masculinas abordó a una invitada con indecencia, y fue retada por tres hombres distintos que corrieron la misma suerte en el duelo, pues a los tres los atravesó con la espada, tras lo cual regresó al baile. Poco después, se peleó con un hombre, De Servan, al que hirió, porque había ofendido a una mujer. Una vez más le perdonaron las travesuras. Entonces se marchó a Bruselas, donde vivió protegida por el príncipe elector Manuel de Baviera. Vivió con él hasta que se pelearon, como no podía ser de otro modo en una vida como la suya. Después de reñir largamente, Manuel aceptó su demanda de una compensación, pero para demostrarle su ira decidió ofenderla remitiéndole a regañadientes la enorme suma de dinero a través de la mano servil del marido de su nueva querida, la condesa d'Arcos, que la había sustituido, con un breve mensaje en el que la conminaba a abandonar Bruselas enseguida. El portador de un mensaje como aquel a una mujer como la Maupin seguramente había contado con un recibimiento poco amistoso, pero evidentemente subestimó su ira. No contenta con lanzarle a la cara la enorme gratificación de la que era portador, expresó con la crudeza que la caracterizaba la opinión poco favorable que le merecían él, su señor y el mensaje que le había traído en nombre de este último. Terminó su diatriba tirándolo por las escaleras, no sin justificarse por aquella forma de violencia física alegando que no quería manchar la espada con su sangre.

De Bruselas partió para España como *femme de chambre* de la condesa Marino, pero regresó a París en 1704. Una vez más retomó su trabajo como cantante de ópera o, en todo caso, lo intentó, pero su fama se había marchitado y el público no quería saber nada de

ella. En realidad, apenas acababa de cumplir los treinta, una edad que, en circunstancias normales, debería haber coincidido con el principio de los mejores años de su vida. Pero la vida que había llevado desde la primera adolescencia no estaba hecha para la verdadera felicidad o la salud física; había envejecido prematuramente, y sus facultades artísticas estaban agotadas.

Con todo, todavía le sobraba coraje y la terquedad donde éste hundía sus raíces. Durante todo un año luchó hasta el último aliento por recuperar su vieja supremacía, pero fue en vano. Viendo que lo había perdido todo, abandonó los escenarios y regresó con su marido, el cual, al percatarse de que era rica, se las arregló para reconciliarse con ella, obviando cualquier resto de pundonor que pudiera quedarle y haciendo oídos sordos a su infame historial. También la Iglesia acogió a la Maupin (y sus riquezas) en su seno. Merced a la ayuda de un sacerdote tolerante consiguió la absolución y, dos años después de retirarse de la ópera, murió en un convento en olor de santidad.